



## KILLARI Y EL TESORO

Me llamo Killari que en quechua, el idioma de mi pueblo, significa "luz de luna". Mi abuela eligió mi nombre porque el día que nací, en el cielo brillaba una luna llena enorme que, además, según ella, me acompañaría y me cuidaría siempre. Tengo catorce años y vivo en las montañas de Tupiza, en Bolivia, a 4.300 metros de altitud.

Aquí, la tierra no es adecuada para cultivar y para la gente de mi comunidad no es fácil ganarse la vida. Como la única opción que tenemos son las minas, la mayoría de los hombres en mi comunidad son mineros.

Mi papá es uno de ellos; muchos dicen que tiene suerte porque tiene un trabajo, pero ¡no podéis imaginar lo duro que es! Son muchas las horas que tiene que pasar trabajando en galerías estrechas y mal ventiladas para conseguir llevar un sueldo a casa que, ni siquiera da para que podamos vivir todos. Por eso, en muchas familias como la mía, tienen que trabajar también las niñas y los niños en algunas épocas del año.

Pero las mujeres no podemos entrar en las minas; dicen que da mala suerte. Por eso, nosotras ayudamos a nuestras madres en el exterior, trabajando como "palliris", que son las picadoras de piedras. Fuera de las galerías, hay montañas de escombros, que las mujeres tienen que picar buscando restos de mineral. ¡Es durísimo! Yo, durante cuatro años acompañé a mi mamá a los desmontes y le ayudaba a traer piedra.



En quechua "palliri" significa "buscadora" pero, como el trabajo era tan pesado, a mí me ayudaba mucho imaginar que, en vez de buscar mineral, buscaba un tesoro, ¡el Tesoro de las Montañas de Tupiza! Y que, cuando lo encontrase, mi familia y yo podríamos cumplir nuestros sueños y cambiar nuestra vida.

Os contaré como era el día a día de una "buscadora de tesoros":

Las mujeres además de trabajar en la mina, son las encargadas de cuidar de su familia, de realizar todas las tareas del hogar y de preparar la comida, por eso, mientras los hombres duermen hasta las seis, ellas se levantan a las cuatro de la mañana para dejar todo listo antes de subir a la montaña.

Desayunamos una taza de té y un pan de trigo y comenzamos el ascenso para llegar a tiempo a las siete y empezar nuestra jornada.

El trabajo se alarga hasta las seis de la tarde pero yo me marché a la una porque a las dos empieza mi turno en la escuela.

A mí, desde que era muy pequeña, me han enseñado que tengo que cuidar de mis hermanos y ayudar a mi mamá en las tareas del hogar, por eso a mi papá le costó mucho aceptar que fuese a la escuela, le parecía una pérdida de tiempo. Siempre me decía:

- "Cuando seas mayor no vas a necesitar saber nada de lo que aprendas allí. Es mucho mejor que mamá te enseñe a cocinar y a limpiar, así, cuando tengas tu casa y tu familia te darás cuenta de lo que es importante y de la buena educación que te hemos dado".

Pero a mí nunca me convencieron esas palabras y me esforcé mucho para poder asistir a clase sin descuidar mis tareas de casa.

Así era mi vida hasta hace un par de años, cuando el trabajo en la mina cambió. El problema fue que el Gobierno de mi país dejó de explotar muchas de las minas porque no les resultaban rentables. Montones de mineros se quedaron sin trabajo y familias enteras tuvieron que marcharse a la ciudad.

En mi comunidad todas las decisiones importantes se toman en la Asamblea que está formada por hombres, los jefes de familia. Cuando llegaron los malos tiempos se reunieron y decidieron organizarse en Cooperativas y seguir trabajando en las minas. Al menos así cada miembro sacaría un sueldo suficiente para alimentar a su familia. Pero no aceptaron a las "palliris" en la cooperativa. ¡Realmente las mujeres contamos poco en esa Asamblea! Las mujeres sólo acuden a esas reuniones si son viudas o si sus maridos no pueden asistir y nunca cuentan con ellas a la hora de tomar decisiones.

Durante un tiempo seguimos trabajando, pero vendíamos lo que obteníamos a un intermediario y no nos pagaba mucho. Una tarde mi madre llegó a casa muy emocionada por algo que le había contado su amiga Eloisa. Al día siguiente reunió a todas sus compañeras:

- "Ayer, en el mercado de la ciudad, me encontré con Eloisa. Me contó que, con ayuda de una Asociación, ella y un grupo

de mujeres habían creado su propia cooperativa textil, que fabrican sus productos y que, poco a poco, van teniendo cada vez más ingresos”.

Como os he dicho, las mujeres en las Asambleas no son escuchadas pero ellas se reúnen en lo que llaman “Comités de Amas de Casa”, allí, mientras cosen y tejen, discuten sus asuntos y toman sus decisiones.

Fue, gracias a esas reuniones, por lo que a Eloisa y a su grupo se les ocurrió formar la cooperativa textil y convertir esas tareas de entretenimiento en su manera de ganarse la vida.

-“Desde ayer no dejo de pensar si nosotras no podríamos hacer algo así. No os imagináis lo ilusionada y feliz que estaba”, dijo mi mamá.

En la cara de todas se podía ver el miedo y la inseguridad:

-“¿Nosotras, tener nuestro propio negocio?, se preguntaban.

-“¿Por qué no? Podemos intentarlo”.

-“Pero si apenas sabemos leer ni escribir y...¿quién llevaría todas las cuentas?”

-“Las niñas pueden ayudarnos”, dijo mamá.

Mis amigas y yo nos miramos sorprendidas, también estábamos asustadas pero nos sentíamos importantes y orgullosas de poder ayudar a nuestras mamás. Nos esforzaríamos todo lo que hiciese falta.

Al final, se decidió crear una cooperativa panadera, a la que llamamos “Las Cauquitas”, que es el nombre de un tipo de pan de mi país. Fueron días muy atareados para todas pero, mereció la pena.



Tardamos menos de un año en ponerlo todo en marcha. Hablamos con Eloisa y contactamos con la organización que nos ayudó a preparar todo lo que necesitábamos para conseguir que nos financiasen el proyecto.

Sin embargo, quedaba otro trámite importante..., comentarlo en la Asamblea de la comunidad. Aunque parezca mentira, allí las cosas no fueron fáciles.

Ya os he dicho que las mujeres no contamos mucho en la Asamblea, pero no esperábamos la respuesta que tuvimos; los hombres no nos apoyaron apenas. Dudaron de que las mujeres pudiesen llevar adelante "un negocio propio", que necesitaba de tanto esfuerzo y conocimientos.

- "Pero ¿qué puede hacer un grupo de mujeres que ni siquiera han ido a la escuela?", preguntaban.
- "Las niñas nos ayudarán, ellas saben", dijo mamá muy convencida.
- "¡Pero ¿qué decís? ¡Eso no puede funcionar, estáis locas!"
- "¡Podremos hacerlo y os lo demostraremos!"

Todas las mujeres que había en la sala se levantaron y empezaron a aplaudir a la vez que gritaban algunas frases a favor de la igualdad.

La mayoría de los hombres se pusieron de pie y se marcharon. Sin embargo, un pequeño grupo de ellos siguió escuchando y nos apoyó. Esto nos animó a pensar que las cosas podrían cambiar.

La cooperativa consiguió el dinero y comenzamos a trabajar.

Al principio algunos comerciantes nos engañaron con la harina y el precio de otros productos aprovechándose de que la mayoría de las mujeres no sabían sumar ni restar. Pero, con el tiempo, fuimos mejorando y aprendiendo a no desperdiciar material y a organizar los envíos, los cobros y los pagos y ¡cada vez teníamos más pedidos! También tuvimos que cambiar nuestro día a día para repartir el pan. Yo por ejemplo, salgo un poquito antes hacia la escuela, y así puedo hacer algunas entregas por el camino.

Con nuestro esfuerzo, la Cooperativa de "Las Cauquitas" ha ido creciendo y saliendo adelante. Nos hemos demostrado a nosotras mismas que podíamos hacerlo y también nos hemos ganado el respeto de algunos hombres, aunque todo va más despacio de lo que nos gustaría. Aún queda mucho por avanzar, pero creo que, poco a poco, todos juntos, hombres y mujeres, conseguiremos cumplir nuestros sueños.

El de mamá y el mío se cumplió con la cooperativa; habíamos encontrado el verdadero tesoro que llevábamos buscando tantos años, el tesoro que nos ayudaría a mejorar nuestras vidas y a luchar por cambiar lo que no nos gustaba, el tesoro de la LIBERTAD.

Lo curioso es que no estaba entre de las piedras, estaba dentro de nosotras... pero no lo habíamos buscado bien.